



IMP. SIMON RAÇON.

PIO IX, P. M.

### CAPÍTULO XXX.

Roma pagana. — Roma subterránea. — Roma cristiana. — Imperio de la Iglesia. — Su dominacion espiritual. — Su propaganda. — El Vaticano. — El Papa.

Dejaba atras Sena y Viterbo con sus soberbias catedrales, atravesaba campiñas fértiles, miraba mil pequeños pueblos y me acercaba á la ciudad eterna. No tardé en divisar la famosa cúpula de San Pedro, la mas elevada del universo, la mas célebre del cristianismo y la obra por excelencia de Miguel Ángel; poco despues estaba en Roma y veía por mí mismo la obra de todas las edades, el conjunto de los monumentos de todos los siglos, la corte de los Césares que dominaron al mundo por la fuerza, y despues la residencia de los Papas que gobiernan las conciencias por la fe.

Roma pagana despliega una grandeza que admira los sentidos; pero miétras tanto sus monumentos no tienen vida para el alma, ni hablan al corazon el idioma sublime de la virtud y de la inmortalidad. Recorredlos todos, y ni uno hallaréis que no esté manchado con los tiznes de la avaricia, de la crueldad y disolucion. Entrad en el anfiteatro Flavio, cuyas proporciones asombran al viajero que considera á ochenta mil personas reunidas en su recinto para divertirse en el espectáculo que ofrecian los juegos de los gladiadores y los combates sangrientos de las bestias feroces. ¡Ved ahí un placer que apenas se comprende! Un esclavo luchando con leones, un confesor de Cristo devorado por la

pantera, un hombre que agoniza tendido en la arena, y los miembros de otros esparcidos acá y allá : ¡ oh qué espectáculo tan monstruoso ! ¡ Él sin embargo regocijaba á ochenta mil hombres agolpados en el Coliseo ! El cristianismo proveía de víctimas que inmolar á la ferocidad de las bestias, y al placer de un pueblo mas feroz todavía que estas mismas. La historia del siglo segundo de la Iglesia nos representa una de esas luchas á que eran condenados los mártires de Jesucristo para divertir al pueblo romano. Un anciano venerable fué conducido desde Antioquía hasta Roma, atado con cadenas y rodeado de guardias mas crueles que leopardos y mas sanguinarios que hienas. « El delito que para ellos tengo es mi fe, escribia en medio de sus padecimientos... ¡ Ojalá lleguen presto las bestias con que me amenazan !... Si no quisiesen venir, yo las obligaré. » Guardado en la prison ; ántes del suplicio , oyendo el rugido de los leones con quienes habia de luchar : « Soy grano, exclama, destinado para ofrecerse á Cristo, y molido por los dientes de las bestias seré encontrado digno de ser presentado en el altar. » La multitud de espectadores queda atónita cuando ve á Ignacio octogenario esperando á los leones sentado sobre la arena, pero mas aun cuando divisándolos hinca sus rodillas, pone su alma en manos de Dios y recibe tranquilo las heridas mortales de las bestias hambrientas que le despedazan. ¡ Ved ahí el espectáculo de placer ! En él hay algo grande y sublime, verdad es ; pero no lo que halagaba á un pueblo brutal, sino la fortaleza de ese anciano que entra en la arena inundado de gozo , espera las bestias sin perturbarse y recibe sus golpes no lanzando un grito de dolor si quiera.

Quien haya visitado la Rotunda del Monte Celio, consagrada en templo de San Estéban, habrá observado recuerdos de otras escenas pasadas en el anfiteatro semejantes á las de san Ignacio, y habrá visto tambien los lugares en que eran cebadas las bestias que habian de devorar á los mártires de

Jesucristo. Los caminos subterráneos por donde pasaban las fieras se conservan todavía, y el conjunto que forman aquellos recuerdos y estos vestigios elevan el pensamiento hasta aquellos siglos en que el Coliseo era testigo de escenas tan horribles. ¡ Mas qué es hoy este lugar entónces de placer ? Vastas ruinas conservadas cuidadosamente, para que sirvan de monumento al triunfo que obtuvieron esos mismos que morian en su recinto devorados por las fieras. El nombre de su autor apénas se recuerda : huesos de tigres, osos y elefantes han sido encontrados en él alguna vez haciendo excavaciones ; pero de sus fundadores ni el polvo subsiste, miéntras que las reliquias de los mártires que contribuyeron muriendo á la diversion de los concurrentes , reciben culto en los templos de esa misma Roma que les expuso á la ignominia pública y les hizo morir del modo mas cruel para regocijar á la muchedumbre. ¡ Y cuál de los monumentos de Roma pagana no conserva estampados rastros mas ó ménos sombríos dejados por un pueblo que hasta en sus vicios fué grande ? Ellos representan las glorias y el esplendor, la magnificencia y cultura del pueblo romano , grande, generoso é invencible ; pero tambien nos recuerdan los hechos mas repugnantes para la razon y la moral.

Mas esta Roma guardó en su seno durante tres siglos los elementos de su regeneracion. Esas calles profundas que atravesamos , cuyo cielo son las bóvedas, los sepulcros sus casas y los cadáveres sus habitantes, esas ciudades oscuras donde el corazon se siente oprimido, y los ojos no ven luz , ocultaban la semilla de vida y de regeneracion que habia de cambiar las costumbres de Roma variando su fe. ¡ Las catacumbas ! ved ahí el nombre de los pueblos subterráneos, donde se encerraban los confesores de Cristo para profesar su fe, viviendo entre los muertos á trueque de evitar las persecuciones de los vivos. Los paganos hicieron en Roma grandes excavaciones que llamaron *Arenarios* ; pero no son estos las catacumbas, y no fueron los mártires á buscar asilo

en las obras paganas, sino que ellos mismos labraron sus cavernas para esconderse y celebrar sus misterios sin temor de ser sorprendidos por sus enemigos. En efecto, ellos construyeron pueblos enteros, cuyas calles, ya rectas ó ya tortuosas, serpenteando unas veces y atravesando otras, se cortan y se enlazan hasta lo infinito. Los sepulcros de las catacumbas en nada se parecen á los que vemos en los cementerios; á un lado y otro de los oscuros y estrechos callejones se ven como nichos horizontales colocados en órden unos sobre otros, en cinco y aun seis diferentes hileras. Cada uno de los nichos guardó un cadáver, y algunas veces muchos; cuando un nicho recibía un cuerpo era cerrado cuidadosamente, unas veces con mármoles y otras con cal preparada de manera que el trascurso de muchos siglos ningun deterioro le ha causado. El nombre del mártir se escribía á veces sobre la tumba, y los instrumentos de su martirio se grababan sobre las piedras para memoria. Cuando un callejon estaba lleno, cerraban su entrada con tanto cuidado como el labrador rico tapia las puertas de los graneros que guardan el fruto de sus largas fatigas. Nuevas calles se abrían entónces, y como el número de mártires era prodigioso, el número de estas también lo era; y las catacumbas fueron formando esa inmensa Roma subterránea, hija del valor de los primitivos fieles y de su constancia para conservar la fe. Como retirados estos en las catacumbas necesitaban proporcionarse arbitrios para practicar su religion, encontramos en medio de las calles subterráneas y en el fondo de las hileras de sepulcros los templos en que celebraban los presbíteros la misa, recibían los fieles la comunión, predicaban los obispos, y confesaban sus pecados los arrepentidos. Los de mayor proporcion recibieron el nombre de criptas, y los mas pequeños el de cubículos. Aquellos pertenecían á todos los cristianos indistintamente, pero estos á familias particulares que los fabricaban á sus expensas. Algunas veces se encuentran muchos cubículos reunidos en

rededor de una cripta, del mismo modo que vemos hoy las capillas comunicándose con las naves de una grande iglesia, y esta circunstancia hizo decir al escritor mas competente sobre esta materia en los tiempos modernos: « Que cada cubículo era una parte y la cripta el todo » de aquellos templos subterráneos (1). La forma de estos no es siempre la misma; los hay rotundos y triangulares, y los hay octógonos y cuadrados. El altar para el sacrificio, cuya víctima consolaba y robustecía á aquellos cristianos perseguidos, ocupa siempre el primer lugar. ¡ Pero qué altares tan sencillos y tan venerables al mismo tiempo! La tumba de un mártir sirve de fundamento; una losa de mármol ó una construcción de piedras y cal elevada sobre este era la mesa, y algun arco formado en el muro, en cuyo hueco se ven pintadas ya la imágen del Salvador, ya la de María, ya de los santos del antiguo Testamento, son todo su adorno. En algunas criptas vemos el coro para el clero tras del altar, en casi todas la silla del pontífice á la derecha de este fabricada de piedra, y en algunas el sitio destinado para la confesion auricular, que ya se administraba en las catacumbas con la solemnidad que hasta hoy prescribe la Iglesia Romana. Á la entrada del templo se ve el lugar donde conservaban el agua bendita, y en rededor al altar una especie de grada para protegerlo de las piadosas invasiones de la muchedumbre.

Quando visitaba las catacumbas de Santa Ines, San Calixto y San Pretextado, la idea de su antigüedad, de sus gloriosos recuerdos y tiernas escenas, la vista de sus infinitas tumbas y los sagrados huesos de millares de mártires que encierran estas, inspiraban en mi alma sentimientos profundos de amor y respeto á los generosos atletas cuyos despojos allí descansan. Pisaba el primer territorio que ganó el cristianismo en la capital de los Césares, pisaba esa tierra regada con sangre de cien mil mártires despedazados en el

(1) R. P. Marchi.

Coliseo, de cien mil mas degollados por los verdugos y de cien mil otros muertos en catastas, enclavados en cruces, arrastrados por las calles y azotados en las plazas. Me parecia ver salir de las tumbas una virtud misteriosa, y que el aire que respiraba contenia un gérmen de vida que se deramaba en mi alma. Á la luz de una antorcha veía por mí mismo las reliquias de los mártires, y léjos de horrorizarme los huesos descarnados, las coyunturas deshechas y esa disolucion total del cuerpo humano que en otros casos asusta, los contemplaba envidiando su suerte... Esos despojos, decia mi alma, resucitarán un dia, el polvo que piso volverá á vivir, todos estos cuerpos se levantarán, resplandores del cielo ornarán sus sienas, y gloria inmortal les ha de vestir en la eternidad. Quien tenga corazon y fe no puede visitar sin conmoverse las catacumbas, y quien las examine cuidadosamente con deseo de estudiar el cristianismo desde su principio, en ellas no solo conocerá hasta dónde inspira resoluciones heróicas el Evangelio, sino que tambien verá con asombro que los misterios, las tradiciones y los usos que practica hoy el catolicismo son los mismos que practicaban los fieles primitivos escondidos en el seno de la tierra.

La semilla del Evangelio, fecundizada con sangre de mártires, era el elemento que destinaba el Cielo para operar la trasformacion de Roma; esos cristianos que vivian escondidos en los subterráneos y entre los sepulcros, salen para ocupar los templos y los palacios, las calles y las plazas y hasta el mismo Capitolio de Roma. La cruz, oculta hasta entónces en las catacumbas, se levanta sobre el Panteon y la Minerva, y la imagen del Salvador de los hombres se expone á la adoracion del pueblo romano en frente del palacio de sus emperadores, y no léjos del Coliseo que recibió la sangre de los mártires: las catacumbas dieron el elemento regenerador, y Roma pagana se hizo cristiana.

Observando la multitud de templos que habia erigido en

Roma el paganismo, se comprende bien la fuerza con que sus ideas estuvieron arraigadas en el pueblo, y cuán fuerte debió ser el sacudimiento que operó aquel maravilloso cambio. Las consecuencias de este son bien perceptibles; Roma sin el cristianismo habria tocado su fin como todos los pueblos de su tiempo, cuyas ruinas en Oriente y Occidente apenas se perciben: las fábricas cristianas han sucedido á las paganas, y la fe ha sostenido todos los edificios de la antigua Roma que conocemos, y son los mejor conservados de cuantos erigió el paganismo durante su larga dominacion sobre la tierra. Mas esa grandeza de Roma pagana que algunos echan ménos pasó, no dejando otras huellas que las bien manchadas que hoy se distinguen; no así el cristianismo, que despues de limpiar los vestigios impuros de la idolatría, hace aparecer el suelo de Roma cubierto de edificios que encierran elementos de vida y de salvacion para el género humano. Mirad esos templos, todos magníficos, donde dia por dia se da culto á Dios; mirad tantos institutos para socorrer al hombre apenas aparece sobre la tierra; el rico y el pobre, el noble y el huérfano encuentran casas abiertas que les reciben para educarles y hacerles útiles á la sociedad; entrad en sus colegios, donde junto con la ciencia se inspira la virtud, y los hombres sabios dan á su doctrina nuevo realce con sus ejemplos; visitad las universidades, esa *Sapientia* tan distinguida y á la que respetaron Oxford y la Sorbona en los dias de su mayor esplendor. Encontraréis en la Propaganda sabios que hablan los idiomas de todas las naciones, en los liceos profesores de todas las ciencias y en las academias hábiles maestros de las bellas artes. Contad el número de sus hospicios, asilos, hospitales, casas de caridad y de cuantas instituciones de beneficencia nacieron hasta hoy, y encontraréis que su número excede al de todos los otros países (1).

(1) Para conocer la verdad de esta proposicion, véase la obra *Degl' istituti di beneficenza in Roma.* (Morichini. 1842.)

Desde el hospicio de Santa Galla, el mas antiguo del mundo, hasta el que establecieron las *Hermanas de los pobres* en 1854, no cesan de abrirse continuamente otros; pudiendo decirse con toda verdad que no hay necesidad que en Roma no esté prevista, ni miseria que no encuentre recurso. Preguntad por los seminarios, y los veréis instituidos para todas las naciones. ¡Qué hermoso contraste forma este conjunto de obras de beneficencia con el frio egoísmo de la antigua Roma! ¡Qué importaban todos esos mármoles cuya belleza deslumbra, si á la voz de un tribuno vemos correr á millares los pobres vestidos de andrajos, y al traves de las estatuas y de los palacios llamar injusto al gobierno que los erigia, dejando al pueblo perecer de hambre?

Pero no son aquellas instituciones toda la gloria de Roma cristiana; es su imperio, mas glorioso que el de los Césares, mas dilatado que el de todos los conquistadores y mas durable que el de cuantas monarquías y repúblicas conocemos. ¡La Iglesia católica! ved ahí la gran nacion cuyo centro es Roma, cuyo imperio se dilata por toda la tierra llevando en su espacioso seno reinos y repúblicas. Ninguna institucion existe que á ella pueda compararse, su historia reúne en un solo cuerpo las dos mas grandes épocas de la civilizacion; ni ménos existe otra cuyos anales comprendan tiempos tan remotos de los nuestros como aquellos en que la pantera y el oso saltaban en el anfiteatro Flaviano, y el humo del sacrificio se elevaba del Panteon de Roma. Las mas antiguas é ilustres estirpes de reyes son de ayer puestas en presencia del pontificado. Desde el Papa que coronó á Napoleon en el siglo diez y nueve hasta el que coronó á Pipino en el octavo, y desde el tiempo de Pipino subiendo todavía muchos siglos, encontraremos esa augusta dinastía sin sufrir alteraciones ni variaciones. La República de Venecia fué el Estado que se le acercó mas en antigüedad; pero Venecia murió, mientras que el pontificado vive, y no envejecido sino lleno de vigor y robustez juvenil. La Iglesia católica

que manda hoy misioneros celosos al extremo mas remoto de la tierra, es la misma que envió los que con san Agustín llegaron á Kent; y la que arrostra hoy los peligros que le suscitan reyes enemigos, la misma cuyo Pontífice detuvo á Atila en las puertas de Roma. El número de sus hijos es ahora mayor que en ningun otro tiempo, y sus adquisiciones en el nuevo mundo le han compensado con mucho exceso sus pérdidas en el viejo. «Su poder espiritual, decia un célebre literato inglés, se dilata sobre los países vastísimos que se extienden entre el Misouri y el cabo de Hórnos; países que, un siglo mas tarde, no es improbable que contendrán poblacion tan numerosa como la que hoy tiene Europa. Los miembros de esta Iglesia no bajan de ciento cincuenta millones. Ninguna señal ni aun la mas remota nos indica que el término de su largo dominio vaya aproximándose: ella vió el principio de todos los gobiernos, de todos los poderes y de todas las comuniones eclesiásticas que ahora existen sobre la tierra, y nadie podrá asegurar que no está destinada á presenciar tambien el fin de todos. Ella fué respetada ántes que el Saxon hubiera sentado su pié en la Bretaña, ántes que el Franco pasase el Rhin, cuando la elocuencia griega florecia en Antioquía, cuando los ídolos eran aun adorados en la Meca; y existirá todavía con el mismo vigor y fuerza que hoy, cuando el viajero que venga de Nueva Zelanda, atravesando una vasta soledad, se pare sobre un arco roto del London Bridge, «puente de Londres,» para dibujar desde él las ruinas de la catedral de San Pablo (1).»

Su dominacion espiritual no presenta un aspecto ménos imponente que su antigüedad. Todas las naciones sufren cambios frecuentes en sus instituciones, sus leyes varian segun las exigencias y segun los caprichos, algunas veces, de los que dirigen su administracion; solo las leyes de la

(1) *Ranke's History of the Popes*, by Th. B. Macaulay.

Iglesia católica presentan una invariable sucesion que asombra y conmueve á quien la contempla. Sus códigos no son la sancion del hábil político que no pudo penetrar mas allá del círculo estrecho que le descubre su inteligencia, son las tradiciones de veinte siglos, son las trazas de doscientos cincuenta y nueve Pontífices, que marchan por un mismo sendero, y sin revocar uno las sanciones de otro. Esta autoridad se extiende sobre los espíritus y liga las conciencias, pero no á un yugo molesto ni bajo un peso oneroso, sino al suave dominio de la Religion. Tal circunstancia hace el imperio de la Iglesia tanto mas noble, quanto es elevado el espíritu, é independiente la conciencia. Jesucristo señaló los límites de este imperio; y cuantos esfuerzos hagan los hombres para modificarlo ó reducirlo, para aniquilarlo ó desprestigiarlo, serán vanos. El Papa es en él el depositario del poder, lo recibe de Jesucristo y lo administrará con fidelidad del mismo modo que Aquel por cuya virtud lo ejerce.

Todas las grandes naciones que tienen en su seno miembros de la Iglesia católica están representadas en la ciudad eterna por sus agentes diplomáticos. La Francia, el Austria, Prusia y los Estados Unidos, España, Rusia, Bélgica y Baviera, Holanda, Portugal, Nápoles y el Piamonte mantienen sus ministros cerca del Papa, no obstante que en algunas de estas naciones no es católica la mayoría de los ciudadanos. Casi todas han celebrado sus concordatos y arreglan por ellos sus negocios eclesiásticos; se muestran llenas de deferencia á la silla de San Pedro, y las mas poderosas son hoy las primeras que cortan esas despóticas tradiciones que atan las manos é impiden su accion al Vicario de Cristo. El Austria deroga las leyes de José II, la Francia deja á los obispos en libertad para comunicarse con el Pontífice y obedecer sus órdenes, la Bélgica le reconoce el derecho de nombrar sus obispos, la Holanda no pretende regalía alguna á pesar que paga el culto católico como uno de los tres reconocidos

por la nacion, y la Prusia, en fin, no se ocupa ya de agitar cuestiones que levanten muros de separacion entre el Papa y los que le obedecen. Estas cuestiones hoy no existen sino para España, que las hizo suyas y las dejó por herencia á toda su raza. ¡Herencia maldita como la fruta vedada que en manjar dulce ofreció el brebaje que corrompió al hombre y le colmó de males! Las repúblicas de la América española, llevando sus pretensiones á mayor altura que su antigua madre, no han llegado aun á celebrar concordatos; dos de las mas pequeñas los obtuvieron tan ventajosos como podian prometerse: Costarrica lo ratificó, Bolivia no lo ha hecho aun. No parece justo ni republicano que se exijan al Papa privilegios que no debe otorgar, ni ménos procurar arrancarle concesiones que hoy renuncian los Estados poderosos que le sirvieron de apoyo en sus recientes conflictos. Si existe deseo sincero de celebrar concordatos, debe ante todo reconocerse «que en materia de privilegios no hay derechos que alegar cuando se trata con el que lo tiene para negarlos ó concederlos.» Yo comparaba la conducta diplomática de algunos enviados de América que al iniciar concordatos pretendian imponer condiciones al Papa, y la de un general, representanté de la República francesa, que le decia en nombre de su gobierno: «Su Santidad resuelva, seguro que su voluntad será acatada por la nacion.» ¡Esto decia el plenipotenciario del país que habia restablecido á Pio IX en su trono pontifical! Si los gobiernos quieren celebrar tratados de alianza, de comercio y de navegacion con el rey de Roma, están en su derecho al imponer condiciones y al exigir ventajas; pero si tratan con el Pontífice en los negocios de la Iglesia que le encomendó Cristo, las condiciones suenan mal y las exigencias no son admisibles sino hasta un punto dado.

El Vaticano, residencia ordinaria de los papas, es el centro de accion del gobierno de la Iglesia; pero siendo uno de los edificios mas célebres del mundo, y uno de los palacios

mas grandes de Europa, en la residencia del Papa no hay ni lujo ni esplendor, brilla al contrario la simplicidad formando contraste con el boato de otros soberanos. Cuando yo atravesaba los salones del Papa por primera vez, nada miraba que me sorprendiese, ni nada que no fuese sencillo y modesto; allí la veneracion la imprime la fe, y esta no se alimenta de vanas exterioridades. Fui introducido por un camarero al gabinete de Su Santidad: la misma modestia, el mismo candor encontré en su persona, que en los grandes salones que dejaba atras. El Papa estudiaba, el Papa escribia, el Papa se ocupaba de su ministerio. ¡Ved ahí el Papa! Un crucifijo y la imagen de la Virgen tenia delante, y en los conflictos del pesado cargo que la Providencia le encomendó, sin duda su alma, derramada á los piés de Aquel que le instituyó su vicario, le pedirá un rayo de luz celestial que le ilumine.



## CAPÍTULO XXXI.

Las puertas del infierno se estrellan contra él. — Billeto misterioso. — El Pontífice fugitivo. — Escenas crueles. — Triunfo del pontificado en toda la tierra. — Agitacion universal. — Ejército católico. — El Papa restablecido en su trono.

« Las puertas del infierno no prevalecerán contra ella, » dijo el divino Fundador de la Iglesia católica al confiar su direccion á uno de sus discípulos, y despues de él á los que habian de sucederle. Esta promesa es el espíritu que la anima y el alma de su existencia: las borrascas se sucederán, los huracanes soplarán con violencia indescribible, el mundo conmovido furiosamente amenazará disolverse; pero miéntras tanto la Iglesia subsistirá como una de esas inmensas moles que los esfuerzos de cien generaciones elevaron en los arenales del Egipto. Nosotros hemos visto en medio de la agitacion universal, entre los trastornos políticos de peor carácter que ha experimentado la Europa, y del grito de horror que levantó el catolicismo entero, salir fugitivo el Sumo Pontífice, caer Roma en manos de hombres sin religion, y manchadas las calles de la ciudad eterna con la sangre de ministros ejemplares del santuario. Todo esto hemos visto, y quizá verán mas todavía las generaciones que nos han de suceder. ¿Pero de qué aprovecharon la combinacion de tantos trabajos, el desarrollo de tantos proyectos y el furor sin ejemplo de tantos impíos?

El mundo vió, en medio del estruendo que producian